



LUCHA POR PERMANECER. PROCESOS DE APROPIACIÓN TERRITORIAL Y MEMORÍSTICA EN LAS FAMILIAS DE TRABAJADORES DEL CARBÓN DE LA COMUNA DE LA UNIÓN, REGIÓN DE LOS RÍOS, CHILE

Struggle to prevail. Processes of territorial and memory appropriation in the families of coal workers in the Commune of La Unión, Los Ríos Region, Chile

Yoselyn Sáez de la Fuente^a  Jorge Muñoz Sougarret^b 

^a Universidad Austral de Chile. La Unión, Chile.  yoselyn.saez@gmail.com

^b Universidad de Los Lagos. Osorno, Chile.  jorge.munoz@ulagos.cl

Resumen

Las tesis de los imaginarios sociales han propuesto que cuando una comunidad entra en crisis y se disgrega, permanece en el tiempo un acervo cultural construido en colectividad. Que es un contenedor de su memoria y proyecciones vitales, representándose figurativamente a través de imaginarios territoriales. En este artículo, se buscará tensionar tales propuestas desde el rescate de las experiencias cotidianas de familias mineras ya alejadas, laboral como físicamente, de las faenas. Por medio de entrevistas en profundidad, emergen serias fisuras en los usos y apropiaciones de los imaginarios territoriales, visibilizando divisiones intergeneracionales como de jerarquías de género dentro de las familias.

Palabras claves: Imaginarios Sociales, Territorio, Historia, Trabajadores del carbón, Chile

▼ Autor para la correspondencia

 manueltorres.cubeiro@usc.es

Abstract

The theses of social imaginaries have proposed that when a community enters into crisis and disintegrates, collectively built cultural heritage than remains over time. That it is a container of his memory and vital projections, representing through territorial imaginaries. This article will seek to analyze such proposals from the rescue of the daily experiences of mining families, already away from the employments. Through in-depth interviews, serious fissures emerge in the uses and appropriations of territorial imaginaries, making visible intergenerational divisions as well as gender hierarchies within families.

Key words: Social Imaginaries, Territory, History, Coal workers, Chile

Introducción

La memoria e historia comparten en sus bases un vínculo primordial, ambas se inician en una peculiaridad y se despliegan asociando las percepciones y miradas de las personas que fueron afectadas por esa particularidad primigenia.¹ Ellas, no obstante, se dividen en el enfoque metodológico que asumen: para la memoria, el estudio de las consecuencias, en tanto es, para la historia, la definición de los hechos. Aquella diferencia, particularmente en el caso de la historia, tiende a ocultar la arista traumática que ciertos eventos causaron en las personas, objetivando los hechos y resaltando las circunstancias por sobre las valoraciones individuales. Las discrepancias señaladas, fueron profundizadas por un proceso de profesionalización que elevó el enfoque de objetividad de la historia, en desmedro de su contraparte memorística (Novick, 1988: 54-55). Tales jerarquías implantadas comenzaron a disiparse a mediados de la década de 1980, a lo menos en las sociedades del cono sur americano, cuando el concepto de memoria adquirió reconocimiento cultural e instó a la historia a abandonar su obsesión por debatir sobre los hechos ocurridos y abocarse a la lucha para detener el olvido (Orrego y Zúñiga, 2013: 124).

¹ Jacques Lacan (2002) refiriéndose particularmente a la historia, la veía como un proceso de escritura que se realizaba tanto en un corazón entre corazones como fuera de sí. Otorgándole la característica dual de individual (en la escritura) y colectiva (en su contenido) (51-52).

En cierto grado, hasta la actualidad se ha mantenido esta idea de la Memoria como un muro de contención frente al olvido. Esa imagen ha sido utilizada por diversas personas e instituciones para construir arquetipos de memoria, que son actualizaciones de los relatos oficiales, llegando al caso de silenciar las memorias transgeneracionales gestadas como interpretaciones divergentes de aquel relato de memoria arquetípica. Metodológicamente esta memoria arquetípica reproduce la estructura de la historia, basada en las jerarquías, órdenes y preeminencias otorgadas al hablante en su posición de comunicador del hecho. Esa mirada individual, personal del trauma y la dicha, obvia al círculo social inmediato de la familia y sus versiones actualizadas y divergentes de tal relato. Sumiéndolas todas dentro de un arquetipo de memoria que, siendo personal, busca representar a la familia. En algunos casos, esas memorias han pasado a ser categorías integradas en imaginarios sociales, que son apropiados y asimilados por grupos sociales que coexisten y disputan las significaciones sociales y culturales.

En el caso particular que aquí presentamos, que son las memorias de familias mineras chilenas, cabe señalar que se busca comentar y debatir con investigaciones previas, las que se han centrado en la memoria individual de los antiguos mineros del carbón, contraponiendo sus relatos con las memorias oficiales emanadas desde los grupos empresariales como gubernamentales.

Los diversos estudios resaltaban la divergencia del imaginario minero frente al relato oficial, en tanto, mostraban la coherencia interna entre los distintos hablantes, gestándose, por saturación, una nueva historia oficial sobre la historia social y cotidiana de la minería (Videla, Venegas y Godoy, 2016; Alfaro, 2015; Gutiérrez, 2013; Pérez, 2011; Ortiz, s/f). La armonía en los relatos, para nosotros, responde a que los mismos se han construido sobre imaginarios estructurados, con una clara preminencia de la masculinidad y sus cotidianos laborales.

Este artículo busca situar los imaginarios de la minería del carbón en la región de Valdivia, Chile, tanto desde sus estructuras retóricas y jerarquías como desde los espacios que le sirven como “artefactos”. En este punto seguimos las propuestas de Marianne Hirsch (2008: 111), que nos remiten a pensar cómo las personas suelen convocar la memoria gracias a artefactos materiales, que, en nuestro caso, ampliaremos también a territorios. La idea de los territorios es central ya que cada uno ellos concentra un consenso de memoria/imaginario, que cuenta con claras jerarquías entre los participantes, y, por lo mismo, al estudiar la migración de las personas entre los territorios, observaremos las fracturas en su identidad y el resquebrajamiento de las memorias.

La consideración desde la categoría de imaginarios nace en la comprensión de la memoria como un contenedor de significantes y representaciones del mundo social y su hábitat que, para expresarse, deben usar de herramientas conceptuales que faciliten la traducción de la experiencia íntima en un marco de comprensión social. A lo largo del artículo se presentarán diversos imaginarios que buscaron dar sentido a las transformaciones sociales y resignificaciones individuales, como serán los imaginarios sociolaborales, de la masculinidad y de la familia jerarquizada. Los que a su vez se expresaban discursivamente utilizando a los territorios y las memorias como referencia. Tales categorías de imaginarios, que son compartidas por los diversos integrantes de las familias mineras, son heteronómicamente comprendidas. Por lo

mismo, se propone que las actualizaciones de los imaginarios (que se construyen discursivamente anclados a la memoria y el territorio) generan fracturas profundas en sus significaciones, las que se expresan en fracturas y grietas en las interrelaciones personales dentro de las familias.

A nivel metodológico, se procedió a entrevistar a antiguos mineros de las faenas carboníferas de la zona de Catamutún, Valdivia, junto a sus familias. A través de entrevistas en profundidad, en su mayoría cuando los grupos familiares ya contaban con más de 10 años de abandono de las faenas carboníferas (la mina de Catamutún detuvo sus funciones en 1999). Las entrevistas se realizaron en presencia de la familia en pleno, posibilitando una libre conversación que, a diferencia de investigaciones similares, se centró en el presente de las familias mineras, ya ajenas a las faenas, y cómo se han enfrentado a la migración a la ciudad y la jubilación laboral y cultural. La unión de esta metodología y enfoque investigativo da cuenta de un fenómeno significativo, algunos antiguos mineros optan por no recordar o lo hacen buscando evadirse de su presente, en tanto, para los integrantes de su familia la memoria se constituye en un signo de identidad frente a terceras personas. Sin embargo, a nivel familiar, aquella memoria ha perdido su contenido y significancia original, trastocando las jerarquías familiares (agudizando la desafección de los mineros hombres con su presente). En cierto sentido, los relatos presentados nos permiten pensar la transmisión de la memoria transgeneracionalmente como un proceso heterogéneo, donde, más que una repetición arquetípica, se expresan divergencias con el relato original y se producen variaciones que impactan el presente de las personas.

El territorio como un ‘artefacto’ de la memoria

El estudio del Territorio como una matriz de comprensión de la sociedad adquirió notoriedad a fines del siglo XX, particularmente en el contexto de imaginar una nueva mirada al ejercicio de la

política desde los espacios regionales; que vendría aparejada de una reformulación de los límites de lo considerado como política, adquiriendo mayor importancia las imágenes desde las cuales las personas pensaban y comunicaban los eventos políticos (Von Baer, 2007). En consonancia se establecieron diversas propuestas que relevaron el estudio del cotidiano y los imaginarios, que permitían pensar al territorio como una construcción colectiva e individual (recursivamente comprendida), desde donde se fundaban lazos de pertenencia y prácticas identitarias comunes, unificadas por proyectos de vida compartidos (Vergara, 2010). La perspectiva arriba propuesta, considera a los territorios como sistemas simbólico-culturales, con hitos claramente identificables por nativos y externos, que se expresan históricamente a través de prácticas. Consultándose sobre las posibilidades de estudiar los territorios, Gilberto Giménez (2005) escribió que su abordaje debe ser desde una perspectiva compleja e interdisciplinar, ya que los territorios son:

“(…) aquella porción del espacio apropiado por las sociedades humanas para desplegar en ellas sus actividades productivas, sociales, políticas, culturales y afectivas, y a la vez inscribir en ella sus estrategias de desarrollo y, todavía más, para expresar en el curso del tiempo su identidad profunda mediante la señalización de los lugares. Se entiende por territorio todo espacio socializado y apropiado por sus habitantes, cualquiera sea su extensión” (9).

Desde un aspecto formal podríamos considerar al territorio (y las apropiaciones humanas del mismo) como un hecho permanente que sufre, sin embargo, constantes cambios y reacomodos, que, como planteó Giannini (1987), adquiriría la imagen de un cotidiano con transgresiones, que se entremezclan. Siendo el reconocimiento social de la imagen territorio un elemento que otorgaría cierta permanencia a escogidos factores de la imagen, y con ella, su legitimidad y reproducción en el tiempo. Aquella imagen, a nivel teórico, posibilitaría la comprensión de la afinidad entre

un territorio y la identidad de sus habitantes. Los matices positivos tras aquella mirada fueron criticados por Rancière (1996), cuando afirmó que formulaciones de este tipo, como territorio, buscaban generar reconocimiento vía la saturación de actores sociales, constituyéndose como cuadros idealizados de consenso social. Él consideraba al consenso como la desaparición de la política, ya que establecía marcos de dominación que inhiben e inmovilizan la crítica. De igual manera consideraba que los consensos eran móviles, no obstante, se alejaba de las teorías que aducían que únicamente vía revoluciones se producían tales movimientos, en cambio proponiendo que “(…) se deshacen todas las veces que se abren mundos singulares de comunidad, mundos de desacuerdo y disenso” (81).

El núcleo de la crítica previa apuntaba a la elaboración de conceptos que más que establecer nuevas maneras de comprender la política, enmascaraban las estructuras previas de ordenamiento de las jerarquías discursivas. A nivel filosófico teórico, críticas similares han sido propuestas en el sentido que tales definiciones de territorio obvian la impermanencia y su rol en la transitoriedad del ser-tiempo, que se expresa en la duda entre lo que casi no es y la oportunidad de ser (Despret, 2019). En tal sentido, un territorio que reúne prácticas y experiencias colectivas genera posibilidades que entrañan utopías o heterotopías (Álvarez y Blanco, 2013), compenetrando diversos tiempos en una persona y otorgando a su mente la posibilidad de actualizar la realidad (Cegarra, 2012).

La idea de un territorio sin permanencias emerge como contra intuitiva, ya que usualmente asociamos a la idea de “identidades territoriales” a fenómenos históricamente profundos y autoreproducidos. Remitiéndose a escenarios similares, Alejandro Grimson (2011: 14) traduce el sentido de crisis social permanente a una escala individual, señalando cómo en las últimas décadas en las sociedades “las crisis se abren pero no se cierran, se profundizan pero nunca se resuelven”. Un fenómeno que tempranamente ya

Kosellek (1993: 15) daba cuenta, considerándolo como un factor de las crisis intergeneracionales que se daban a fines del siglo XX, tanto por la urbanización como por el avance de las tecnologías de la comunicación. Que, en un grado superlativo, deriva en la erosión de las imágenes de realidad social en las personas y, en algunos casos, en la imposibilidad de adaptarse a los cambios sufridos en los territorios o la migración entre territorios.

Para este trabajo en específico, consideramos que la apropiación personal de un territorio debe ser comprendida según la posición del individuo dentro de la negociación que construyó el consenso político-cultural del imaginario territorial (sobre este punto ahondaremos en secciones posteriores), cabiendo la posibilidad que la migración entre consensos territoriales puedan significar cambios en su posición de negociación. La respuesta de ciertos autores frente a casos de este tipo (Taylor, 2006, Agudelo, 2005) ha sido suponer que las personas enfrentadas a un consenso territorial ajeno actúan de manera defensiva y conservadora, que, particularmente en el caso de personas de edad madura, va aparejado a procesos de idealización de su propio consenso territorial (Roldán, 2013).

En sus reflexiones arriba indicadas, el hecho relevante eran las diferentes intergeneracionales, en nuestro caso, en cambio, buscamos complementar los enfoques individuales con los familiares, dando cuenta de los procesos compartidos de apropiación de los consensos imaginario-territoriales y las tensiones dentro de la familia en pos del reemplazo de ciertos factores de ellos. Siendo nuestra hipótesis que en las personas mayores (preferencialmente hombres) que se han desplazado entre consensos imaginario-territoriales, desde uno donde eran actores con capacidad de gestión a otros donde han perdido tal categoría, viven fracturas en su identidad individual. Al nivel de agudizarse prácticas de anomia y automarginación cultural y social.

Los geosímbolos y las micro-fracturas del cotidiano: una propuesta con tres entradas de análisis

Para este artículo, nos abocaremos al estudio de la localidad de Catamutún, situada en la Región de Los Ríos en Chile, y, puntualmente, lejana veinte kilómetros de la ciudad de La Unión. En la región se encuentran vetas de carbón mineral que comenzaron a ser explotadas productivamente desde inicios del siglo XX. Ahí se gestó una sociedad particular, compuesta por hombres campesinos que se transformaban en obreros-mineros por medio de una inserción tutelada y paternal desde la empresa. La inserción tutelada se expresó por medio de un relato compartido sobre la memoria de Catamutún, que colocaba su énfasis en la comunión entre empresa y trabajadores en los momentos formativos y de consolidación de la empresa.² Estableciéndose un consenso imaginario territorial que giraba en torno a las capacidades laborales de los hombres y las jerarquías verticales que asumían tanto con la empresa (a nivel superior) y sus familias (a nivel inferior), situándolos a ellos en un plano ideal de centralidad en la estructura de la sociedad de Catamutún.

² Esta memoria es repetida hasta la actualidad por trabajadores y la empresa, con escasas diferencias en sus relatos, por lo mismo resalta como una memoria articulada y pensada. De manera sucinta, la historia de Catamutún inicia con la compra del yacimiento por la Empresa Carbonífera San Pedro de Catamutún Sociedad Anónima en 1945, momento en que se mejoran las condiciones laborales, habitacionales e higiénicas de los trabajadores (gracias a la extensión del servicio social de la empresa), que facilitó la construcción de una comunidad familiar. En las décadas posteriores los conflictos entre el sindicato y la empresa se remitieron a mejoras salariales y a las propuestas de nacionalización de la empresa, diferencias solucionadas gracias a la intervención de gerente Guillermo Gantz (en 1968) que significó aumentos salariales y de prerrogativas para los trabajadores junto con asegurar la propiedad privada de la empresa. Desde 1973 en adelante se restringieron unilateralmente ciertos derechos y se purgó a la organización sindical de los “elementos políticos”, en tanto gracias a una alianza entre sindicato y gerencia se pudieron optar a subsidios gubernamentales para la obtención de habitaciones en la cercana ciudad de La Unión. Esta migración respondía al agotamiento del mineral, que llevó al cierre definitivo del yacimiento en 1999 y, con él, de la comunidad familiar de Catamutún. Se puede ver este relato en las entrevistas realizadas al ex minero Plácido Vargas y al dirigente sindical Aniceto Vallejos e, igualmente, en la página web de la empresa Catamutún (www.catamutun.com).

El prolongado cierre de las faenas mineras, que se arrastró por toda la década de 1990, hizo que muchas familias de mineros debieran migrar a la ciudad de La Unión o permanecer precariamente en Catamutún, dependiendo únicamente de su contratación en faenas agrícolas o forestales. En tales años se gestaron tensiones importantes en el consenso imaginario territorial de Catamutún, siendo erosionado por el desarraigo y, de la misma manera, reinterpretado dentro del consenso imaginario territorial de La Unión; estimulando fracturas en la identidad de los antiguos mineros.

Para estudiar tanto los consensos imaginario-territoriales como las fracturas en la identidad se ha optado por utilizar la metodología analítica de los geosímbolos.³ Para Giménez los geosímbolos están asociados a un sistema territorial en tanto aquel haya sido apropiado como espacio utilitario, funcional y simbólico cultural (2007). Siguiendo sus propuestas, se percibe que para Catamutún existió una geosimbólica hegemónica donde la empresa era el principal interlocutor y los trabajadores masculinos eran partícipes selectos en la construcción y reproducción de prácticas sociales, que se expresaron posteriormente como memoria. Empero, dentro de las familias ocurrieron variaciones en el proceso de apropiación cultural de tal consenso, el cual, siendo reconocido como aglutinador de la identidad colectiva (la imagen del minero-campesino), también conllevó dissentimientos y acciones de resistencia (particularmente de los componentes femeninos y jóvenes de las familias).

Para plasmar nuestras propuestas hemos seguido, tangencialmente, las categorías de análisis de los geosímbolos propuestas por Giménez (2005) y hemos definido tres espacios de análisis (el espacio familiar, el espacio público compartido y un espacio público íntimo). Esperando dar cuenta de cómo las

micro-fracturas del cotidiano, afecta a las familias, reconfigurando la identidad de sus integrantes.

Primer nivel de apropiación multiescalar: el hogar

Siguiendo las categorías de análisis que utiliza Giménez para comprender el territorio, iniciaremos con el nivel básico del hogar o casa-habitación en un proceso *in crescendo* de apropiación multi-escalar de la realidad. La casa se convierte en “nuestro rincón en el mundo”, nuestro territorio más íntimo e inmediato, como también, la expresión territorial de nuestro cuerpo. Giménez (2005) entiende al hogar: (...) “como territorio inmediato y *a priori* del hombre, la casa desempeña una función indispensable de mediación entre el “yo” y el mundo exterior, entre nuestra interioridad y la exterioridad, entre adentro y afuera” (9).

El significado que tuvo “la casa” para la comunidad de Catamutún fue trascendental, ya que existían (previo al cierre de la mina en 1999) dos formas de acceso a la vivienda en la comunidad: primero, la utilización de habitaciones edificadas y mantenidas en sus gastos por la empresa, en tanto, la segunda opción era ser propietario, al que la empresa le entregaba materiales para la autoconstrucción de una vivienda en sus terrenos junto con sufragar sus gastos en servicios básicos. Aquel acceso habitacional vía la mediación de la empresa era consistente con otros ejemplos históricos chilenos, que resaltaban la construcción del imaginario del propietario dentro de los sectores de trabajadores y sectores medios. Así, la vivienda individual, junto con la educación de los hijos, se instituyó como un estandarte retórico del legado familiar que los padres entregarían a sus hijas(os) (Álvarez, 2012).

Durante la década de 1980, la retórica de la casa propia fue utilizada intensivamente por el gobierno militar, al ampliar la oferta de viviendas más allá de las capacidades constructivas del Estado, posibilitando que empresas privadas construyeran conjuntos habitacionales. Los que podían ser

³ El concepto de geosímbolo es una elaboración del geógrafo francés Joël Bonnemaison (Giménez, 2007), quien representa en Europa la llamada corriente humanista en geografía. Según este autor: “(...) un geosímbolo puede definirse como un sitio, un itinerario o un espacio que, por razones religiosas, políticas o culturales, reviste a los ojos de ciertos pueblos y grupos étnicos una dimensión simbólica que los fortalece en su identidad”.

adquiridos por las familias a través de subsidios gubernamentales (Valdivia, 2018: 123-124). Bajo tal contexto, el sindicato de Catamutún (en acuerdo con la empresa) gestionó el otorgamiento de subsidios urbanos para sus integrantes. En un primer momento, muchos sindicalizados fueron refractarios a la utilización de los subsidios, ya que consideraban que los costos asociados a traslado y cancelación de cuentas de servicios básicos pasarían a ser cubiertos por ellos, sin embargo, la decisión de la autoridad sanitaria de eliminar las viviendas en sectores sin agua potable obligó, en términos simples, a la erradicación desde fines de la década de 1980 hasta mediados de la siguiente.⁴

El paso desde la casa habitación en Catamutún a su símil en la ciudad de La Unión puede ser comprendido como un acto cotidiano, en el sentido de Giannini (1987), pero que entrababa condiciones de posibilidad para ciertos actores de la familia que, en el territorio de Catamutún, ocupaban puestos secundarios. Tal cual lo expuso Vergara (2013), comentando las tesis de Giannini, todo cotidiano es un continente de prácticas comunicativas de reproducción, producción y sustitución, por lo mismo, el evento del cambio de casa configuraba la posibilidad de sustituir el consenso previo y, con ello, la instalación de nuevos individuos como articuladores de este cambio cotidiano.

Un ejemplo de tal situación se ve reflejada en la familia de Plácido Vargas, quien se desempeñó en faenas de minería y agricultura, debiendo migrar a La Unión a inicios de la década de 1990. El disparador final de la migración fue favorecer la continuidad de estudios de su hija, por lo que, desde un primer momento, es vivido como un quiebre silencioso dentro de la estructura familiar en favor de sus partes menos representadas. La hija, Claudia Vargas Purray, relata así lo acaecido:

“ (...) resulta que a mi papi cuando lo cortaron (fue despedido) no quiso postular a casa, entonces mi mami empezó ella sola, entró a la escuela a trabajar para podernos mantener, porque no pillaba pega

(trabajo). Entonces ella empezó a postular (a escondida de mi papi, para que no sepa y entonces de repente salió favorecida en La Unión, y un hermano de mi mamá le dio una plata a mi mamá. Vendió unas vacas y le dio para que eche todo al tiro, porque necesitaba una plata y entonces mi mamá echó esa plata, donde vendió los animales, y ahí postuló a casa y de repente la llamaron, salió llamada.

¿Y ahí se vinieron para acá (La Unión)?

Ahí nos vinimos y de ahí le contó a mi papi recién. Mi papi después nos ayudó a pagar los dividendos, a mi mami él pagaba los dividendos, pero la casa está a nombre de mi mami porque ella hizo todos los trámites porque mi papi no quería pues. Quería irse a vivir allá donde Don Lito, que allá le iba a pasar Don Lito un pedacito”.⁵

El evento cotidiano del cambio de casa gestó las condiciones para que integrantes del grupo familiar pudieran realizar acciones de disentimiento frente al modelo de consenso imaginario territorial de Catamutún. La imagen más notable es el de la esposa-madre que, en el marco del traslado, comienza a realizar faenas laborales en los extramuros y asume una posición clara de conducción familiar. La hija, en otra entrevista posterior, remite a este hecho de la siguiente manera:

“ (Mientras ella y su madre se trasladaron a la casa en La Unión) él (el padre) se quedaba allá (en Catamutún), teníamos gansos, pollos y él me acuerdo que trabajaba donde la señorita Meche en ese tiempo y me acuerdo que él venía de vez en cuando para acá o mi mami iba para la casa y, así estábamos, hasta que un día mi mami le dijo que se venga no más; qué sacaba en estar solo, así que ahí desarmaron la casa. Me acuerdo que ni fui cuando desarmaron la casa, ya estaba acá”.⁶

Para ella, y su madre, el cambio a La Unión significó un proceso de disentimiento y reemplazo del consenso imaginario territorial de Catamutún

⁵ Entrevista a Claudia Vargas Purray

⁶ Entrevista a Claudia Vargas Purray

⁴ Entrevista a Aniceto Villegas

con otro asociado, ahora, al territorio de La Unión ciudad. Tal consenso había sido escrito y acordado por otros actores (fuera de la empresa y los trabajadores hombres) y consentía herramientas de gestión a nuevos grupos de personas. Para ella esta sustitución de consenso (representada en la casa como materialidad) fue tan significativa que, como ella dice, se restó de participar en la desmantelación de la vivienda de Catamutún. Aquel fue un hecho igualmente significativo para el padre, pero en un sentido contrario, ya que el mismo proceso marcaba su desarraigo del consenso conocido y afirmado por él. En sus recuerdos, Plácido Vargas, consigna al momento como un quiebre también con la empresa, y con lo que significaba su lazo cultural y laboral con ella:

“Nos dieron vehículo para que nos vengamos (la empresa), nos vinieron a dejar, mandaron a desarmar la casa donde estábamos y que traigamos la madera. Esa la dieron, la casa, a todos.

¿Y les pagaron sus finiquitos?

No”.⁷

La situación de abandono de los trabajadores hombres frente al cambio de vivienda conllevaba un proceso de quiebre de su identidad, elaborada sobre certezas laborales y de jerarquías avaladas por el consenso imaginario territorial de Catamutún. En un decisorio comentario, Claudia Vargas, recuerda lo vivido por los empleados de la mina en aquel momento:

“¿Por qué la gente empezó a venir a La Unión desde la mina?

Porque ya no había trabajo

¿Y cerró y ya?

Cerró y allá la gente si no trabajaba que iba a comer. La gente que tenía tierra nada más (permaneció), sembraban, pero era muy raro, casi nadie. Nadie

tenía propiedades, así que toda la gente se vino por lo mismo, para buscar, postularon a casa, otros que no tenían casa. Había mucha gente minera, de los jefes, que no tenían casa, como ellos tenían casa allá, después entraron a arrendar. Algunos jefes después solían andar desmurrando,⁸ para que te des cuenta el vuelco de la vida”.⁹

La subversión de las jerarquías derivadas del traslado desde Catamutún a La Unión, como se explicitó, impactó de manera diferenciada a los integrantes de las familias, particularmente según su grado de apropiación y aceptación del consenso territorial minero-campesino. Sin embargo, las críticas externas al consenso eran silenciadas o al menos veladas en el espacio público de la ciudad de La Unión, donde reaparece como una apropiación cultural positiva.

Segundo nivel de apropiación multiescalar: el espacio público compartido

Inclusive desde antes del traslado de las familias mineras desde Catamutún a La Unión, existían diferencias abiertas entre los consensos de ambos territorios, que van más allá del discurso de lo urbano y lo rural; más bien radicaban en un subrepticio temor al otro y un rechazo desde la ciudad a las estructuras sociales y familiares rurales (Tinsman, 1995). Las diferencias indicadas hicieron que las personas provenientes de Catamutún, al momento de transitar a las ciudades como La Unión, realizaran prácticas comunicativas de reproducción y reafirmación de su consenso imaginario territorial. Una expresión significativa nace de la hija de Plácido Vargas, Claudia, quien frente a la disyuntiva de definir su identidad según un territorio (rural o urbano) opta por mantener la apropiación de Catamutún:

⁸ En las regiones investigadas se llama Murra a la zarzamora. Es habitual que crezcan en espacios de cercos o deslindes de ríos o caminos, por ello la corta de tales arbustos espinosos es un trabajo penoso y muchas veces rechazado por las(os) trabajadoras(es).

⁹ Entrevista a Claudia Vargas Purray

⁷ Entrevista a Plácido Vargas

“¿Tu identidad tiene algo de campesina o minera hoy en día o te criaste más en la ciudad?

Yo siempre cuando me preguntan siempre digo que fui minera, uno queda como con eso, éramos de la mina, decía de Catamutún.

¿Tú te sientes con esa identidad?

Sí, me siento con eso porque como nació ahí, los recuerdos quedan, los lindos recuerdos no se van”.¹⁰

En igual sentido, la proyección del consenso imaginario territorial de Catamutún, representado ahora en los hombres, sigue un patrón similar y se construyó inclusive antes del cierre de las faenas mineras. Aun cuando la empresa y el sindicato contribuían a impulsar celebraciones de la comunidad en su conjunto (particularmente la conmemoración de la independencia patria) es destacable el hecho que la principal efeméride, el día del minero, fuera celebrada en la ciudad de La Unión. Como lo relató un ex minero Luis Alberto Reyes, uno de los motivos de la celebración en La Unión estaba asociada al permiso tácito para consumir alcohol, algo que era vetado por la empresa en Catamutún:

“¿El día del minero se celebraba?

Eso celebraban, pero aquí en La Unión, allá donde don Guido Puebla

¿En una casona, en una sede?

Claro, en una sede lo celebraban, pero yo no vine nunca sí. No porque eso (de beber) entre hartos no me gusta a mí, a mí siempre me gusta cuando hay poquitos, claro”.¹¹

La situación dada de celebrar el día del minero en La Unión podría considerarse como una reivindicación de la imagen de familia minera, tanto por parte de la empresa como del sindicato, sin embargo, que se permitiera consumir abiertamente alcohol era

un factor que pareciera dar cuenta de vestigios de paternalismo por parte de la empresa. Al entregar esta dispensa a sus trabajadores (inclusive al favorecerla y financiarla), la empresa reafirmaba su carácter de excepcional y la potestad de ella a regular las conductas de sus trabajadores, inclusive extendiéndose a espacios ajenos a las faenas laborales.

La centralidad de la empresa fue desapareciendo para los trabajadores que migraron a La Unión y que fueron desvinculados de las labores mineras (por despido y jubilación), no obstante, permanecieron ciertos vínculos interpersonales, dados tanto por el conocimiento mutuo como por el consumo de alcohol. Aunque en diversas conversaciones emerge el tema de la reunión de exmineros en La Unión, se nota una tensión al momento de abordar su propia auto identificación como mineros. Más bien optan por rehuir el tema o girar el foco de la reunión hacia el consumo de alcohol. La expresión más cristalina la otorgó Plácido Vargas cuando fue consultado sobre este tema:

“¿Cuando llegaste al pueblo trabajaste en lo que podías nomás?

Sí

¿Y con quién te juntabas acá? ¿Te juntabas con otros mineros?

No, nos veíamos así nomás

¿Y dónde ibas a tomar tus tragos acá en La Unión?

Sí, nos juntamos allí donde jugábamos al tejo, donde Villegas

¿Ahí se juntaban a jugar tejo? ¿Con quién?

Con Matamala

¿Eran mineros igual?

Sí, Don Santos

¿Ellos se habían venido ya?

¹⁰ Entrevista a Claudia Vargas Purray

¹¹ Entrevista a Luis Alberto Reyes

Sí, esos tenían casa acá ya se habían venido hace tiempo

¿Y encontraron trabajo?

Esos no trabajaron nada.

Se juntaban a jugar tejo y tomar vino

Sí, chicha también”.¹²

La reflexión sobre la tensión conduce, a lo menos a nuestros ojos, a la dicotómica situación laboral que significaba la vida en Catamutún versus La Unión, particularmente para los hombres que asociaban la migración a la ciudad con la inestabilidad de sus labores y salarios; expresándose, en último término, en la precarización de su identidad. Para ellos era difícil su reconocimiento como exmineros en el espacio público compartido de La Unión, a diferencia de sus hijos y familias que se apropiaron públicamente del imaginario, para los hombres era abrir una herida no cauterizada. Por lo mismo, la relación afrentosa que tenían con el consenso imaginario territorial de La Unión.

Tercer nivel de apropiación multiescalar: el espacio público íntimo

En párrafos anteriores se definió someramente las bases del consenso de Catamutún (representado en la historia de la empresa), aquella simplificación es difícil de establecer para el consenso imaginario territorial de La Unión. Como muchas ciudades intermedias de Chile, La Unión durante las últimas tres décadas se fue estructurado en torno a faenas agroproductivas (anuales como estacionales) que se vieron complementadas con un pequeño sector de servicios, ambos constituyeron polos de atracción laboral para personas jóvenes y de mediana edad, particularmente mujeres. (Ramírez, 1984-2002) Las características reseñadas han configurado un esquema de sociedad basado en las capacidades de consumo de su población y las divisiones dadas por

sus preferencias relativas a los diversos servicios (desde los educacionales a los habitacionales). Por lo mismo, en la mirada de los ex mineros, su posición económica débil, repercutía en su imposibilidad de integrarse a esa comunidad. Para ellos, el trabajo y el dinero estaban en Catamutún, nunca en La Unión, y, por lo mismo, sin el motor monetario, su identidad como minero era irrelevante en La Unión.

En entrevistas es perceptible la fijación con el dinero al momento de hablar de Catamutún, presentado cual si fuera opuesto a su posición frente a La Unión:

“De tus trabajos ¿te gustó ser minero, que es lo que más recuerdas de ser minero?”

Porque (se) ganaba más plata, claro y eran ocho horas (...)

¿Por qué te quedaste en la mina, porque estás tan encariñado con ese lugar?

Allá me gustaba la mina porque, cómo te dijera, se ganaba más billete, nada más”.¹³

La imagen de la estabilidad laboral, las prerrogativas otorgadas por la empresa y replicadas dentro de las familias, surgen como recuerdos nostálgicos, donde se exacerba la oposición con la ciudad de La Unión. En los relatos aparece constantemente el recuerdo de una estafa realizada con los dineros de la jubilación a parte de los mineros, donde se instala la idea de las formas de vida diferenciada:

“(Los estafadores) eso(s) se quedaron con la mayoría de la plata, me dieron setenta mil pesos a mí. Me decían a mí, demándelo señor. Yo dije qué voy a demandar, si no tengo un veinte.”¹⁴

Esos a los viejitos se los embolinaban y a gente de campo, sobre todo, si hay varias gentes que le hicieron lo mismo. A varios mineros le pasó eso, cuando se fueron a pagar sacaron una miseria”.¹⁵

¹² Entrevista a Plácido Vargas

¹³ Entrevista a Luis Alberto Reyes

¹⁴ Entrevista a Plácido Vargas

¹⁵ Entrevista a Claudia Vargas

En sus recuerdos se mezcla el advenimiento de la jubilación con la pérdida del estatus social, dado por la remuneración, gestándose un aturdimiento en los hombres, que reivindicaban constantemente sus capacidades de continuar trabajando. Sienten la jubilación de la empresa como una jubilación social, que imposibilitó su inserción en La Unión. Sus relatos refuerzan esa autoimagen de insuficiencia y debilidad:

“¿Por qué tu papi no quería venir?

Claudia Vargas: Porque estaba acostumbrado allá con la vida de campo decía: ¿qué voy a hacer en La Unión?

Plácido Vargas: Porque había pega allá y yo decía: ¿en qué voy a trabajar en el pueblo?

Claudia Vargas: Y después cuando iba al campo no se hallaba, iba dos días y de ahí se venía, no quería estar en el campo.¹⁶

¿Qué más hacías acá en La Unión? ¿Te acostumbras o no?

Me tuve que acostumbrar, después ya no, pero no me quería venir yo, porque no iba a haber pega y allá en una parte y otra como me conocían me decían anda a hacer tal pega, ¡listo!¹⁷

¿Qué esperas de la vida más adelante?

Bueno, trabajar hasta donde pueda y vivir tranquilo no más, claro, lo que a uno le gusta es la pega (...)

¿Por qué tú te quedaste en Catamutún y no te fuiste cuando cerró la mina?

Es que no me gusta

¿No te gusta qué cosa?

No me gusta venirme a La Unión

¿No te gusta la ciudad?

¿Sabes por qué? Porque uno está más acostumbrado al campo, de chico, y no he sido farrero, salidor tampoco, si tomo mi trago lo tomo tranquilo aquí para llevar no más, por eso me gustó el campo a mí y aquí en La Unión no, aquí se pone más bueno para esto (hace signo de beber), claro, siempre me ha gustado el campo a mí, toda la vida, de chico (...)

¿Y te quedaste en Catamutún por qué?

Claro, por ahí me quedé alrededor

¿Y ahí hiciste tu vida?

Sí y ahí estoy solo y mi carreta”.¹⁸

Palabras finales

La decepción frente al futuro por parte de hombres en edad adulta, que en nuestro caso se expresa en soledad o alcoholismo, ya fue detectada como un signo etario a nivel país por el PNUD 2002. En aquel informe se cuantificaba que cerca de un treinta por ciento de la población entraba en la categoría de “Chileno Asocial Molesto”, siendo mayoritariamente hombres de mediana y tercera edad (PNUD, 2002: 19-23). Lo significativo de continuar su estudio es que, a diferencia de lo propuesto en 2002, ella no radicaría únicamente en una respuesta al reemplazo generacional, pareciera, en cambio, afincarse en aspectos propios de una sustitución de consensos imaginario-territoriales.

En el caso estudiado, la emergencia del consenso imaginario territorial urbano es vehiculizado por integrantes de las familias que lo reconocen y reivindicán, por sobre aquel que utilizan discursivamente como eje de su identificación identitario social. En tanto, el consenso imaginario territorial de Catamutún, permanece como un cascarón vacío, con un uso discursivo retórico pero carente de posibilidades de rearticularse en prácticas específicas. En definitiva, existe un

¹⁶ Entrevista a Claudia Vargas

¹⁷ Entrevista a Plácido Vargas

¹⁸ Entrevista a Luis Alberto Reyes

trasfondo de consideración de la memoria de estas comunidades que contiene sentimientos agudos de enojo y autocompasión que se expresan en el quiebre de la identidad, y en este punto la disgregación no ocurre únicamente con los hombres sino con todos los integrantes de las familias, que difícilmente pueden situarse en un plano territorial que les sea propio o apropiado.¹⁹

El artículo buscó dar cuenta sobre cómo ciertos imaginarios (sociolaborales, masculinidades y familia jerarquizada) condicionan y acomodan las memorias relativas a experiencias sociales significativas. Y en ámbitos sociales reducidos, como una familia con experiencias de vida compartidas, provocan matices y fisuras de género y/o generacionales. Las memorias y los territorios aparecen como los escenarios desde los cuales los imaginarios ya señalados buscan instalarse como representaciones vicarias o panoptistas del comportamiento social. Al amparo de tales imaginarios, se establecen personas que asocian su pasado o presente (idealizado o rechazado) con un territorio, cristalizando e inmovilizando la comprensión actualizada que debería caracterizar a los imaginarios. En último término, este artículo problematiza la idea que todos los imaginarios invariablemente se actualizan, mediante una síntesis constante, presentando, en cambio, la idea de la existencia de imaginarios que buscan permanecer sin mutaciones. En vista que han sido pensados como un medio para contener y reprimir las prácticas de las poblaciones, que los apropian y construyen representaciones de su mundo social y hábitat a partir de ellos.

Para finalizar, queremos presentar un claro ejemplo de esta desarticulación histórico-territorial que, en un instante, con oníricas imágenes, el antiguo minero Luis Reyes refirió sobre la mina de carbón:

“Dicen que la mina podría volver a abrir, ¿tú crees eso o no?”

¹⁹ Dominick LaCapra (1998: 13) planteó que la obsesión con la memoria es una forma de melancolía, que esconde la negación del pasado.

Dicen que quien la mina tiene dos partes, tiene aquí y tiene allá (en) Pupunahue, pero ahí están, que la quieren abrir allá, otros que la quieren abrir aquí, así que ahí están, pero eso tanto tiempo.

¿Tú crees eso, tú te proyectas con eso no?

Yo digo que algún día van a abrir la mina, sí, porque yo me he soñado de noche, pero no todas las noches, que como que estoy trabajando en mina y despierto y estoy acostado. Así que por eso digo yo que algún día puede abrir la mina, me he soñado trabajando con gente, con compañeros que estuvieron conmigo”.²⁰

Referencias

- Agudelo, P. 2005. “(Des) hilvanar el sentido/los juegos de Penélope. Una revisión del concepto de imaginario y sus implicaciones sociales, Uni-Pluri/Versidad”. *Aria* 11 (3): 1-18.
- Alfaro, K. 2015. *El exilio del trabajo minero en Lota (1973-2007)*. Concepción: Ediciones Escaparate.
- Álvarez E. y Blanco V. 2013. “Componer, habitar, subjetivar. Aportes para una etnografía del habitar”. *Bifurcaciones Revista de estudios culturales urbanos* 15. Revista electrónica disponible en: <http://www.bifurcaciones.cl/2013/12/componer-habitar-subjetivar/>
- Álvarez, R. 2012. “Las casas de Pinochet: políticas habitacionales y apoyo popular 1979-1988”. *La alcaldización de la política. Los municipios en la dictadura pinochetista*. Valdivia, V., Álvarez, R. y Donoso, K. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Cegarra, J. 2012. “Fundamentos Teóricos Epistemológicos de los Imaginarios Sociales”. *Cinta Moebio* 43:1-13.
- Despret, V. 2019. “Introducción de Habiter en oiseau”. *Presentes Densos. En torno a las artes de vivir en un planeta herido*. España: Generalitat Valenciana.

²⁰ Entrevista a Luis Alberto Reyes

- Giannini, H. 1987. *La reflexión cotidiana. Hacia una arqueología de la experiencia*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- Giménez, G. 2005. "Territorio e Identidad. Breve Introducción a la geografía cultural". *Trayectorias* 17: 8-24.
- Giménez, Gilberto. 2007. El desierto como territorio, paisaje y referente de identidad. *Culturales* 5 (3): 7-42.
- Grimson, A. 2011. *Los límites de la cultura. Crítica de las teorías de la identidad*. Buenos Aires: Editorial siglo XXI.
- Gutiérrez, P. 2013. *Historias de Carbón: el desarrollo y auge de la minería de carbón en Máfil*. (Seminario de Titulación para optar al título de Profesor de Historia y Ciencias Sociales). Valdivia: Universidad Austral de Chile.
- Hirsch, M. 2008. "The Generation of Postmemory". *Poetics Today* 29 (1): 103-128.
- Kosellek, R. 1993. *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona: Ediciones Paidós.
- Lacan, J. 2002. *Écrits. A selection*. Nueva York: W.W. Norton & Company.
- LaCapra, D. 1998. *History and Memory after Auschwitz*. Nueva York: Cornell University Press.
- Novick, P. 1989. *The Noble Dream. The Objectivity Question and the American Historical Profession*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Orrego, E. y Zúñiga, G. 2013. "El desafío de la memoria en la Historia de Chile y América Latina: entrevista a Steve J. Stern". *Revista Pléyade* 11: 117-132.
- Ortiz, A. (sin fecha). *Hacia una reconstrucción histórico social en torno a la industria carbonífera de la mina San Pedro de Catamutún, en la ciudad de La Unión*. (Trabajo investigativo del curso Antropología de terreno rural y urbano). Carrera Antropología, Universidad Austral de Chile. Colección privada de Karen Alfaro.
- Pérez, M.L. 2011. *Voces subterráneas. La historia de la minería de carbón de San Pedro de Catamutún. La Unión 1945-1997*. (Seminario de Titulación para optar al título de Profesor de Historia y Ciencias Sociales). Valdivia: Universidad Austral de Chile.
- PNUD. *Desarrollo Humano en Chile 2002*. Santiago de Chile: Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, 2002.
- Ramírez, R. 1984-2002. *Semblanzas de La Unión*. Tres volúmenes. Osorno: Imprenta América.
- Rancière, J. 1996. *El desacuerdo. Política y filosofía*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Roldán, I. 2013. "El testimonio. Aportes a la construcción de la memoria histórica". *Revista Colombiana de Psiquiatría* 42 (2): 222-226.
- Taylor, Ch. 2006. *Imaginario sociales modernos*. Barcelona: Editorial Paidós.
- Tinsman, H. 1995. "La tierra para quien la trabaja. Política y género en la Reforma Agraria". *Perspectivas* 19: 53-67.
- Valdivia, V. 2018. "La "alcaldización de la política" en la post dictadura pinochetista. Las comunas de Santiago, Las Condes y Pudahuel". *Izquierdas* 38:113-140.
- Vergara, N. 2010. "Saberes y entornos". *Revista Alpha* 31: 163-174.
- Vergara, N. 2013. "Teoría de las prácticas cotidianas en el contexto de los estudios territoriales". Documento de trabajo CEDER.
- Videla, E., Venegas, H. y Godoy, M. 2016. "Presentación". *El orden fabril. Paternalismo industrial en la minería chilena 1900-1950*. Videla, E., Venegas, H. y Godoy, M. (Eds.). Santiago de Chile: Editorial América en movimiento.

Von Baer, H. 2007. “Descentralización: imperativo para el desarrollo humano y territorial equilibrado con gobernabilidad, en un contexto de globalización. Una mirada desde Chile”. *Cuadernos de Administración* 36-37: 12-40.

Cita recomendada

Muñoz Sougarret, J. y Sáez de la Fuente, Y. (2023). Lucha por permanecer. Procesos de apropiación territorial y memorística en las familias de trabajadores del carbón de la Comuna de La Unión, Región de Los Ríos, Chile. En: *Imagonautas*, Nº 17 (12), pp. 83-96.